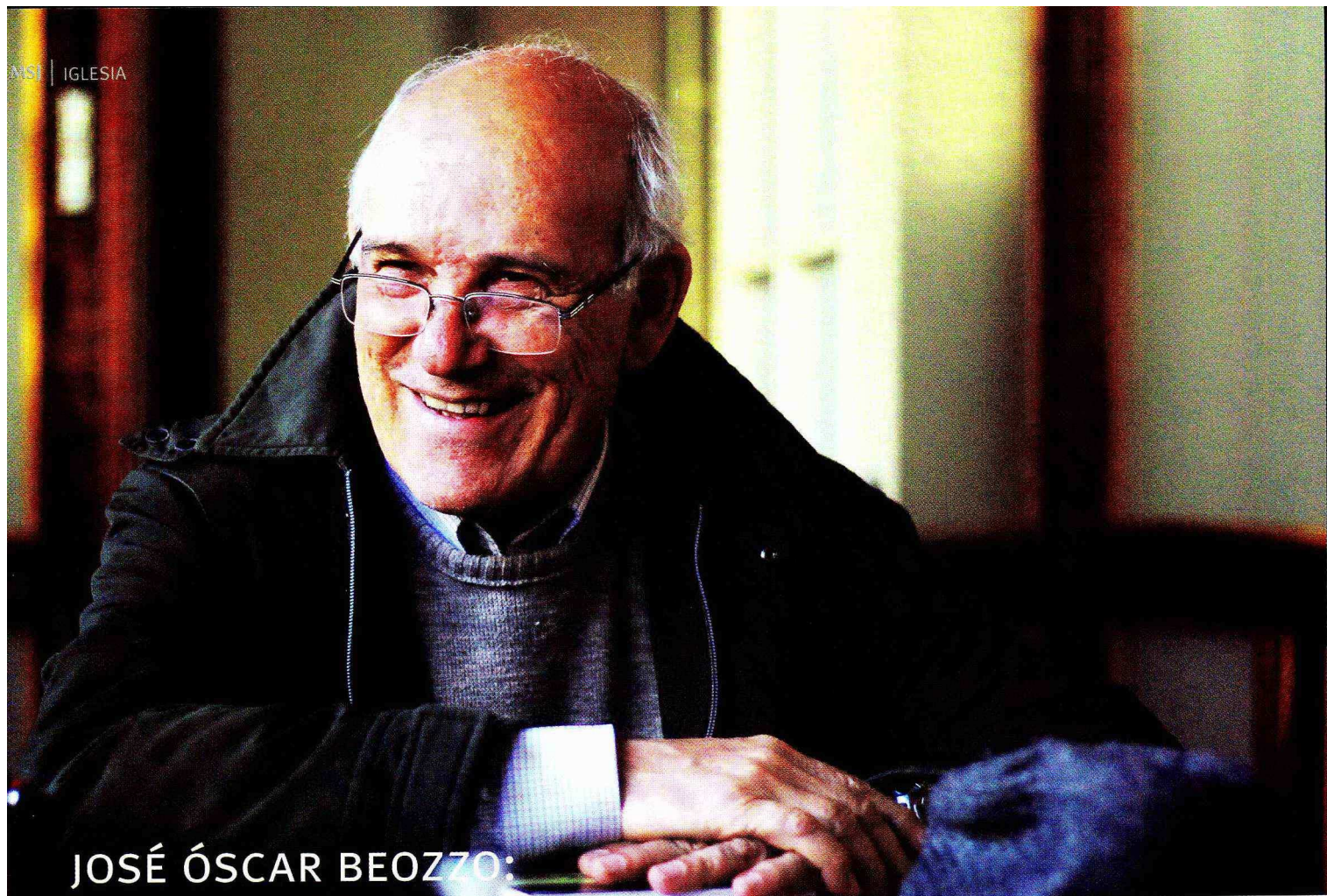


Medio	Revista Mensaje
Fecha	13-07-2012
Mención	Entrevista al teólogo brasileño José Óscar Beozzo. Participó en diversas actividades entre ellas en la UAH.



“No dejen morir **la profecía**”

Carlos Casale

Teólogo

Destacado teólogo brasileño recuerda el clamor del arzobispo Dom Helder Camara y advierte que vivir verdaderamente el sentido del Concilio Vaticano II, iniciado hace cincuenta años, requiere de más libertad y coraje para asumir lo esencial del Evangelio.

“Mantener un diálogo abierto con la sociedad, el ámbito del trabajo, la cultura o el arte, es muy necesario para sostener una fe cristiana que tenga identidad, sentido y relevancia”.

“Hoy restamos a la teología la libertad necesaria para enfrentar nuestras fronteras. En esa tarea podemos errar, por cierto; pero si prohibimos errar, prohibimos pensar también”.

Uno de los más reconocidos especialistas latinoamericanos en el Concilio Vaticano II, el historiador y teólogo brasileño José Óscar Beozzo, estuvo unos días en Chile en junio pasado, invitado por el Centro Teológico Manuel Larraín. Participó en charlas y encuentros académicos en la Universidad Alberto Hurtado, la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad Cardinal Silva Henríquez.

Una motivación importante para escucharlo es la conmemoración de los cincuenta años de la inauguración solemne de la primera sesión de ese histórico encuentro, el 11 de octubre de 1962. Beozzo se refiere hoy al modo en que la Iglesia ha acogido el sentido que tuvo ese Concilio y expresa su esperanza de que se fortalezca el acento pastoral que este sugiere, con una mayor participación del pueblo de Dios y una más profunda mirada al Evangelio.

—*¿En qué sentido ha empleado Ud., para referirse al Concilio, los términos “primavera” y “profético”?*

—“Primavera” es una palabra que empleó el papa Juan XXIII cuando aludió al Concilio como a una flor de una primavera inesperada. “Profético” se vincula a lo que también él señaló en cuanto a que este Concilio buscaba la unidad de la Iglesia abriendo sus puertas, en consideración a que el catolicismo se había mantenido aparte del movimiento ecuménico moderno. “Profético” fue también su discurso de apertura, en el que expresó que debían dejarse de lado los profetas de la desgracia, que anuncian que en el mundo está todo mal, y más bien acercarse de manera positiva a las cosas.

Se añade a esto la intención de desplazar el eje del Concilio desde lo doctrinal hacia lo pastoral. Lo doctrinal es muy importante y hay que considerarlo, pero el tinte pastoral es un guion por el que tiene que caminar el Magisterio. Por cierto, estamos muy comprometidos con la noción de que la doctrina es el depósito de la fe y el papa Juan XXIII nos expresa que esto es básico pues corresponde a verdades que debemos reafirmar. Pero, sobre todo, él nos advierte que es necesaria una distinción entre la sustancia de la fe y su presentación, y nos invita a nuevas maneras de hacer comprensible la doctrina, nos invita a reafirmar las verdades eternas de una manera que ayude a las personas hoy en día.

Otro elemento profético es asumir que, si desde la Iglesia frecuentemente hemos tendido a condenar, ahora ha llegado el momento del remedio, de la misericordia y no de las condenaciones, como nos lo dice Juan XXIII. Aunque hubo presiones en el Concilio para que ciertas cosas se condenaran, no hay condenaciones en los textos finales de este. Hubo un aire fresco para la Iglesia y la gente lo apreció de inmediato. De ese modo, lo más profético —para mí— es una perspectiva que implica volver a introducir la humanidad, una nueva mirada.

Finalmente, en relación con este tema, considero interesante recordar dos momentos del Concilio. Una apertura se hizo en la mañana del 11 de octubre de 1962. Fue muy oficial, muy pensada, muy trabajada. Luego, en la noche, hubo una muchedumbre congregada en la plaza, con velas encendidas,

que recordaba al Concilio de Éfeso. En la noche de cierre, la gente salió a las calles con antorchas en una procesión luminosa. Y entonces Juan XXIII dijo: “Miren la luna, hagan una caricia a sus niños y, si hay alguna lágrima de la gente que está dolida, denle un consuelo porque tienen la palabra del Papa”. Es decir, se asumió lo religioso sin las condenas que observamos tantas veces. Allí estaban presentes las personas sensibles al dolor y sensibles a la belleza. Estos son algunos de los rasgos proféticos significativos de ese acontecimiento que vivió la Iglesia.

UN GIRO EPOCAL

—*¿Por qué Ud. le da tanta importancia a la categoría “pueblo de Dios” en sus análisis históricos y prospectivos del Concilio?*

—Por un milenio estuvimos atrapados en una noción de Iglesia que privilegiaba a los clérigos. Cuando llegué a la Universidad Gregoriana y empecé a estudiar sobre la Iglesia —1960— la primera tesis que me correspondía trabajar refería al tema del Romano Pontífice. Es decir, si íbamos a hablar de Iglesia, debíamos hablar primero del Papa. Después hablábamos de la Iglesia y solo al final nos ocupábamos de los fieles, que tienen la obligación de obedecer. Aun cuando se convocaba a los laicos a involucrarse en el apostolado, era siempre considerándolos como coadyuvantes o participantes en el apostolado que debía asumir la Jerarquía.

Pero, en rigor, no debe ser así, pues todos somos pueblo de Dios. En la Iglesia tenemos la igualdad de un sacerdocio que es común a todos. El bautismo, que es el sacramento esencial de la Iglesia, precisamente en esa noción de igualdad gana toda la densidad que tiene. Recordemos que el sacramento del orden es el sacramento de unos pocos y no es el que estructura la Iglesia. El que la estructura es el bautismo.

Asumiendo esto, es posible entender lo ministerial de la Iglesia que está al servicio del pueblo de Dios, es decir, es posible entender la centralidad que tiene el pueblo de Dios. Cuando se proclamó esta priorización de lo pastoral, hubo mucha gente que dijo “pero, si esto es de Lutero”. En cierto sentido, es verdad: Lutero está. Pero la categoría central proviene del Antiguo Testamento, la *ecclesia*, las categorías vinculadas al pueblo de Dios; es así, aunque olvidemos e insistamos en los clérigos y en la Jerarquía.

Declarar que se está al servicio del pueblo de Dios es un giro epocal. Con esto se renueva la ecclesiológica. Por ejemplo, en el Concilio latinoamericano de 1983, en el capítulo sobre

DIÁLOGO ENTRE RELIGIONES Y LIBERTAD DE CONCIENCIA

—*Está claro que el Concilio ayuda o inspira a este discernimiento. ¿Hay algún texto de ese Concilio al cual hoy haya especialmente que volver?*

—Sí. Raras veces en la historia tenemos esta posibilidad de que lo que vayamos a decir como Iglesia convoque a todas las voces, a las de África, Asia, etc. Utilizando la famosa expresión *urbi et orbi* (para la ciudad y el mundo), miramos mucho lo que dice la urbe, lo que dice Roma, y ahora tenemos que mirar lo que dice el orbe. ¿Cómo hilar tantas voces? Un milagro del Concilio es lograr eso. No podemos abandonar este momento de convergencia de todas las voces humanas.

Gaudium et spes es un gran esfuerzo por situarse en este mundo, enfrentando los grandes problemas económicos, democráticos, de la paz, la guerra, la cultura, el arte, la tenencia de la tierra, la tortura, los derechos humanos: ahí está la otra manera de hacer teología.

Hay documentos de alta importancia de entonces que hoy están al frente de las cuestiones que se debaten. Los grandes intercambios culturales o religiosos, y las migraciones o facilidades de comunicación favorecen una intensa vinculación entre pueblos y culturas. De ese modo, una gran cuestión a tratar es la cooperación entre las religiones. Si ese tema tenía peso en el Concilio Vaticano II, hoy lo tiene diez veces más. Si antes tenía urgencia, hoy es una materia crucial, pues si no alcanzamos un espacio de verdadero diálogo entre las religiones, ponemos en peligro la paz.

No le hemos dado quizás todavía toda la debida importancia a este tema.

Otro punto que reclama vigencia es lo referido a la libertad de conciencia. Vivimos un momento en que la libertad religiosa no se respeta plenamente. Existe un santuario, un espacio final de libertad de conciencia que los Estados deben respetar. Tenemos que defender con fuerza la conciencia, lo que significa respetar los derechos humanos, fuera y dentro de la Iglesia.

LA ACTUAL RECEPCIÓN DEL CONCILIO

—*¿Cómo juzga Ud. la actual recepción del Concilio, especialmente en Latinoamérica?*

—La gente ya no habla del Concilio, pero sí existe una recepción de mucho de su contenido fundamental. Por ejemplo, la búsqueda de hacer realidad la palabra de Dios mediante la lectura regular de la Biblia; los esfuerzos que en ese sentido hace gente muy sencilla. Todo eso es un fruto importante del Concilio.

Está también en la participación o el compromiso cristiano en la defensa del indígena o de la naturaleza. Hoy los mártires se desplazan a estas tareas, y lo vemos en la defensa de la Amazonía, del agua y la propiedad común de los bienes. El compromiso con los seres humanos se despliega en estas materias, procurando mejorar las condiciones para que las per-

la Iglesia, se habla primero del Papa. Eso es una deformación, una desviación. En contraste, en el Concilio Vaticano II la gente estuvo gozosa y decía “también yo soy Iglesia”. ¡Y tantas veces después del Concilio la gente decía que iba a participar en “mi Iglesia”; lo decía en las comunidades de base o en las pastorales! La gente se sentía sujeto de su Iglesia, no objeto. Es definitivamente un buen cambio que las personas sientan “somos Iglesia”.

MANTENER DIÁLOGO ABIERTO CON LA SOCIEDAD

—*Revista Mensaje tiene especial empatía y sensibilidad por contribuir al discernimiento de la acción de Dios en la historia en vista a una praxis consecuente. ¿Cómo cree Ud. que el Concilio inspira este desafío?*

—Dos cosas se combinan en el Concilio. Se decía que la Iglesia tenía que centrarse en el evangelio para rejuvenecer. Debía hacerlo a diario y reformarse mirándose en el espejo del evangelio y en el de la práctica de la primera comunidad. Vale decir, se decía que debía ir a la fuente; ese es un propósito fuerte del Concilio. Pero, por otro lado, se expresaba que la Iglesia tiene que *aggiornarse*, ponerse al día.

Entonces, una revista es un instrumento clave para abrir el diálogo cultural, social y político con las realidades del momento, diciendo una palabra que ilumine. Necesitamos traducir los textos de hace cincuenta años, interpretar dónde está Dios, dónde están los nuevos retos, cuál es la necesidad del compromiso cristiano.

Mensaje se conoce en América Latina por este diálogo constante. No es una revista hecha hacia el interior de la Iglesia, hacia los clérigos —como hay tantas— y es, además, una revista de calidad, de valor. Mantener un diálogo abierto con la sociedad, el ámbito del trabajo, la cultura o el arte, es muy necesario en el mundo de hoy para mantener una fe cristiana que tenga identidad, sentido y relevancia. En medio de las grandes corrientes de opinión o del debate político es muy difícil muchas veces hacer el discernimiento y tener claridad por dónde ir.

Pienso en Chile en los años sesenta, los años de la Reforma Agraria, los conflictos mineros, los Cristianos por el Socialismo, el Gobierno de Allende, el golpe militar, etc.... Chile fue un laboratorio enorme de todo eso, teniendo socialismo con rostro humano y democrático, como también las expresiones más extremas de la economía de mercado (los Chicago boys). Siempre hay una vanguardia en Chile y es un gran aporte que existan chilenos que hagan discernimiento en momentos tan cruciales. Es una bendición no solo para Chile, sino para todos en América Latina.

sonas vivan bien. Esta preocupación puede ser considerada como parte de la recepción amplia del Concilio.

SIGNOS DE LOS TIEMPOS

—*¿Cuál es la importancia de la teología de los “signos de los tiempos” que se desprende del Concilio?*

—En un mensaje radiofónico, un mes antes del inicio del Concilio, el Papa dijo: “Tenemos que mirar estos signos de los tiempos”. Presentaba tres.

Habló de las naciones que se alejaban de su condición de colonias y se integraban al concierto internacional. Es verdad que esto puede ser un poco relativo debido a los neocolonialismos; pero en aquellos tiempos, cuando en apenas el lapso de un par de años una treintena de naciones lograba la independencia en África y Asia, ese era un tema importante. Promoviendo esta idea, la Iglesia mostraba una cara nueva ante el mundo y surgía entonces la necesidad de promover un diálogo para incorporar la agenda de estos pueblos a la agenda general. Se presentaba esto como un gran signo de los tiempos. Y el Papa fue consecuente con esto, pues eligió muchos obispos jóvenes —de 30, 32 o 33 años de edad—; se trataba de numerosos obispos africanos o asiáticos.

El otro signo fue la idea de que los trabajadores debían tener mayor participación en la construcción de la sociedad. Están presentes ellos en los sindicatos, en su propuesta ideológica, en sus partidos. El Papa veía que este ascenso clave de los trabajadores como interlocutores válidos ofrecía un giro diferente en el modo de pensar u organizar la sociedad.

Las mujeres eran el tercer gran signo de los tiempos. Ellas habían entrado también en el mundo del trabajo y en la vida pública. El Papa incluía, además, esta frase: “La Iglesia quiere ser una Iglesia de todos, pero principalmente de los pobres”. Para mí es esencial que cuando hablamos de los signos de los tiempos hablemos de los pobres y su situación de sufrimiento. Es decir, si la nuestra quiere ser una Iglesia atenta a los signos de los tiempos, debe ser una Iglesia principalmente de los pobres. Si mantenemos esto, tendremos una luz eclesial importante.

OBISPOS CHILENOS EN EL CONCILIO

—*En sus estudios del Concilio, ¿ha descubierto alguna participación chilena relevante?*

—Destaco tres. El día de la apertura, cuando se suspendió la sesión, Manuel Larraín, que era vicepresidente del CELAM, y Dom Helder Camara, que era vicepresidente también —eran muy amigos—, tomaron la iniciativa de convocar a todo el CELAM. Eran 600 obispos, es decir, el cuerpo más organizado del Concilio. Los de Alemania eran 80. Los franceses, eran más o menos la misma cifra. Los más numerosos eran los italianos, que nunca se habían reunido y que tuvieron una primera reunión que fue desastrosa... Larraín y Helder Camara

fueron a buscar al cardenal Miranda, que era el presidente del CELAM, quien les dijo que no se sentía en legitimidad de convocar a una reunión porque él tenía una carta de la Sagrada Congregación del Concilio que señalaba que estaban prohibidas las reuniones nacionales de obispos. Eso era un trauma del Concilio Vaticano I, a raíz de la actuación que entonces generó la conducta del bloque alemán. Pues bien, como necesitaban un cardenal, fueron a buscar a Raúl Silva Henríquez, quien los acogería en el Colegio Salesiano. Lo más bonito es que, teniendo 600 obispos, no confeccionaron una lista exclusivamente latinoamericana para tener predominio en el Concilio. En lugar de eso, buscaron nombres de valor y comenzaron a dialogar con franceses, alemanes o belgas, para finalmente integrarlos a la nómina y transformar la suya, entonces, en una lista internacional. Se habían conformado listas de obispos de otros grupos e incluso hubo países pequeños que presentaron sus propias listas, pero el bloque más numeroso no hizo eso: fue evidente que procuró actuar solo para buscar lo mejor para el Concilio.

Un segundo aporte chileno lo podemos encontrar en que los obispos chilenos prepararon un documento alternativo sobre la Iglesia. Es importante que desde este país se haya tenido el coraje de decir “nosotros, desde Chile, también queremos contar que tenemos una experiencia de Iglesia y proponer un esquema completo al Concilio”. Esto fue apreciado y ayudó a otros en el debate.

La tercera situación se dio cuando Manuel Larraín ya había sido elegido presidente del CELAM. Se había pedido al Papa hacer una conferencia y Larraín colaboró en la preparación del discurso correspondiente. Trabajaron él, Dom Helder Camara y el cardenal Silva Henríquez, más Gustavo Gutiérrez —que era un joven sacerdote—. Así, para los diez años del CELAM, noviembre de 1965, el Papa recibió a todos los obispos latinoamericanos y el discurso correspondiente es un texto que vale la pena releer. Leí los discursos de los 40 o 60 años del CELAM y fueron un desastre. Pero este otro es un gran discurso para el futuro.

TEMAS POSTERGADOS

—*¿Cuáles cree Ud. que han sido los temas más postergados del Concilio, vale decir, los que han sufrido un cierto decaimiento?*

—No se acogió con suficiente importancia el surgimiento de la agenda del Tercer Mundo, muy distinta a la europea. Los africanos solicitaron un Concilio para África inmediatamente y se insistió con Paulo VI sobre *Populorum Progressio*, sobre los problemas de los desequilibrios; no bastaba con decir que la Iglesia debía estar inserta en el mundo. Había que decir cómo afrontar los graves desequilibrios existentes.

Una segunda cosa es que se dejó de lado el tema de los ministerios ordenados; por qué no ordenar a laicos casados. Se prohibió discutirlo en el Concilio. En esa materia continuamos con dificultades. Nos falta al respecto un buen discernimiento, pues fue un tema que no se trató adecuadamente.

Tampoco fue positivo, y permanece para mí como un problema, que se retirara del debate del Concilio la cuestión de la paternidad responsable. Se creó entonces una situación que no favoreció el discernimiento.

Respecto de lo que ocurre hoy, quisiera decir que nos estamos olvidando de toda la teología del pueblo de Dios. Tendemos a clericalizar la Iglesia. Restamos a la teología la libertad necesaria para enfrentar nuestras fronteras. En esa tarea podemos errar, por cierto; pero si prohibimos errar, prohibimos pensar también. No hay producción teológica sin un espacio de libertad y discusión en el que haya corrección mutua. Es posible considerar que es válida una intervención (superior, de la Jerarquía) de última instancia, pero en primera instancia debe participar la comunidad de los teólogos, la Iglesia local o la conferencia episcopal del país. Hoy no es así, sino que cuando hay alguna cuestión debatible se pasa rápidamente a la etapa

de sanciones, con lo cual la gente que piensa no quiere publicar porque dice: “Me van a condenar”. O bien la gente piensa y no enseña lo que piensa. En esas condiciones, podemos tender a una hipocresía que no ayuda ni a la Iglesia ni a la teología, la que necesita de espacios de libertad. Recuerdo las últimas palabras de Dom Helder Camara: “No dejes morir la profecía”. Este es un tema importante, porque “profecía” significa tener coraje y no hacer solo lo burocrático.

Finalmente, quiero destacar una deuda terrible con el tema de las mujeres. Afirmamos que en el bautismo se señala la igualdad entre todos y decimos que en ese sacramento está radicado todo el fundamento de la vida cristiana (como Pablo decía, “no hay griego, no hay judío, no hay esclavo”). Pero no se ha pensado ni asumido a fondo el rol y relevancia de la mujer en la estructura de la Iglesia y el Pueblo de Dios. **MSJ**



“Necesitamos traducir los textos de hace cincuenta años, interpretar dónde está Dios, dónde están los nuevos retos, cuál es la necesidad del compromiso cristiano”.

“Una gran cuestión a tratar es la cooperación entre las religiones. Si ese tema tenía peso en el Concilio Vaticano II, hoy lo tiene diez veces más”.

“Tenemos que defender con fuerza la conciencia, lo que significa respetar los derechos humanos, fuera y dentro de la Iglesia”.

“Si la nuestra quiere ser una Iglesia atenta a los signos de los tiempos, debe ser una Iglesia principalmente de los pobres”.

